

Dicho y hecho. Ejecutó Peti Yorg lo que el Tártaro le había aconsejado, y todo salió como él le dijo. Cada cual de las tres hermanas se jactaba de haber recibido la flor más hermosa. Pero la pequeña se fijó más en el jardinero: llevábale ella misma diariamente la comida, y un día se arrojó á decirle:

—Tienes que casarte conmigo.

—No es posible—respondió el muchacho.—El rey no lo consentirá.—Y añade la doncella:

—Pues es preciso, porque de lo contrario, pasados ocho días seré yo pasto de la serpiente.

En los ocho días consecutivos llevó ella puntualmente su comida al jardinero. Al entregarle la del octavo día, se despidió de él muy triste.

—Ya mañana—le dijo—no volveré yo á darte de comer.

—Volverás—replicó él;—alguien te asistirá.

Al otro día de mañana va Peti Yorg en busca del Tártaro; cuéntale lo que ocurre: el monstruo le da un hermoso caballo y una espada y le dice: vé á tal punto, allí encontrarás la carroza donde la serpiente se lleva á la doncella; abre la carroza con la espada, corta dos de las cabezas de la serpiente, y quédate con las lenguas.

Dicho y hecho. Acude Peti Yorg á caballo y con su espada al sitio indicado: ve allí á la doncella dentro de la carroza: dícele que abra la puerta; responde ella que no puede ser, porque son siete las puertas y todas clavadas, y pídele por último que la abandone, para que no haya dos víctimas en vez de una. Pero Peti Yorg abre las puertas con su espada y toma asiento junto á la doncella. Y dícele:

—Mira qué tengo en este oído, que me duele.—Y mientras ella lo examina, corta él sin que lo note siete girones de los siete vestidos que lleva puestos. Viene en seguida la serpiente, y encarándose con él, le dice:

—En vez de uno, comeré tres.

Salta Peti Yorg sobre su caballo y exclama:

—Ni uno solo tendrás.—Y empieza la pelea. Córtale con su espada una cabeza, y el caballo otra de una manotada, arráncales las lenguas, y la serpiente pide cuartel hasta el día siguiente; y Peti Yorg desaparece diciendo á la doncella, que llena de reconocimiento y de júbilo quiere llevarse consigo:

—No puedo acompañarte, tengo que ir á cumplir un voto á Roma; pero mañana vendrá un hermano mío y hará algo por ti.

Vuelve la doncella á su palacio, y Peti Yorg á su jardín, y cuando ella al anoecer le trae como de ordinario su comida, dícele él:

—¿Ves cómo la serpiente no te ha devorado?

—No—responde ella;—pero me devorará mañana.

—No por cierto: mañana me traerás también la comida. Alguien acudirá en tu auxilio.

Repítese la entrevista de Peti Yorg con el Tártaro; dale éste otro arrogante caballo, otro traje y una fuerte espada. Reprodúcese también el encuentro con la doncella en la carroza. Ahora las puertas que hay que abrir no son siete, sino catorce, y vuelve ella á suplicar á su paladín que la abandone para que no haya dos víctimas en vez de una. Pero al mero contacto de la prodigiosa espada se abren las catorce puertas: Peti Yorg toma asiento al lado de la doncella, y con el mismo ardid con que el día anterior le había sacado los siete girones sin que ella lo advirtiese, le corta ahora catorce, de otros tantos vestidos que lleva puestos. Acude en el mismo instante la tremenda serpiente, trábese la lucha montando él velozmente en su caballo: la serpiente da terribles saltos, pero Peti Yorg queda vencedor. Córtale una cabeza, el caballo le descuaja otra, arranca el héroe las dos lenguas, y pide ella cuartel hasta el siguiente día.—Nuevas instancias por parte de la agradecida princesa para que la acompañe al palacio de su padre: nuevas disculpas por parte de él, que alega como el día anterior la precisión de ir á cumplir un voto á Roma; y, por último, nueva promesa de mandarle al siguiente día un libertador valiente, primo suyo, que de nada se asusta.

Vuelve ella á palacio, y él á su jardín. La alegría del rey no tiene límites. Al anochecer vuelve la hermosa libertada á dar de comer al jardinero, el cual le dice:

—¿Ves cómo has vuelto, según yo te anuncié? Pues mañana volverás también.

Y la princesa se retiró contenta. — Á la mañana siguiente, volvió el muchacho á verse con el Tártaro y le dijo que á la serpiente le quedaban aún tres cabezas, y que necesitaba de todo su poder y auxilio para acabar con ella.

—No tengas cuidado—le contesta su protector;— ya triunfarás.

Le da una nueva armadura, más preciosa que las anteriores, un caballo de mayor brío, un formidable perro, una espada, y un frasco de agua de olor, y dícele:

—Cuando te vea la serpiente, exclamará: ¡Ah! si tuviera yo una centella entre mi cabeza y mi cola, tú, tu princesa, tu caballo y tu perro, pronto seríais chicharrones. Á lo cual contestarás: si yo tuviera una buena esencia que oler, pronto te cortaré una de tus asquerosas cabezas, y otra te arrancaría mi caballo, y otra mi perro. Entregarás ese frasco á la princesa, encargándole que lo esconda en su pecho, y que en el momento mismo de proferir tú esa amenaza, rocíe ella con el líquido tu cara, tu caballo y tu perro.

Con esto parte confiado: llega donde está la carroza, y le dice la doncella:

—¿Adónde vas? La serpiente va á venir: huye pronto, no haya dos víctimas en vez de una.

—Abre tu puerta, dícele él.

—No es posible: las puertas son veintiuna.

Pero no bien las toca con la espada, ábrense por sí solas. Entonces se sienta á su lado, le da el frasco de esencia, diciéndole el uso que ha de hacer de él: con el mismo ardid de los dos días anteriores, le saca veintiún girones de otros tantos vestidos que lleva puestos, y viene la serpiente gritando con alegría:

—En vez de uno, voy á comerme cuatro!

—Ni cuatro, ni ninguno!—replica Peti Yorg.

Salta sobre el caballo, y empieza la batalla más terrible que nunca. El corcel llegaba con sus saltos á las copas de los árboles, y la serpiente enfurecida exclama:

—¡Ah, si tuviera una centella entre mi cabeza y mi cola, bien pronto tú, tu princesa, tu caballo y tu perro seríais chicharrones!

—Si yo tuviera una buena esencia debajo de la nariz, pronto te cortaré una de tus asquerosas cabezas, y otra te arrancaría mi caballo, y otra mi perro.

Al pronunciar él estas palabras, saca la princesa el frasco, rocía con él al caballero, al caballo y al perro: el joven paladín taja una de las cabezas de la sierpe, el caballo y el perro concluyen con las otras dos, y muere la terrible fiera, quedándose él con las lenguas. ¡Imaginaos el gozo de la muchacha! Quiere que su libertador la acompañe á su palacio, para que reciba allí los plácemes y los agasajos de su padre agradecido; pero él lo resiste alegando tener que ir á cumplir un voto que ha hecho con sus primos, y que á su vuelta irán todos tres á verla.

Pésale de aquella resistencia á la muchacha, pero corre á referir á su padre la feliz aventura. El padre no cabe en sí de gozo al ver á su hija libre por fin de la maldita serpiente, y manda echar un pregón por todo su reino para que, cualquiera que sea el que la haya dado muerte, se le presente á recibir el galardón, trayendo las pruebas de su hazaña.

Al anochecer, volvió la muchacha á llevar su comida al jardinero, y éste la dijo:

—¿Estaba yo ó no en lo cierto al asegurarte que no te tragaría la serpiente?

Y ella le contó llena de júbilo lo que había sucedido, como si él nada supiera.

Mas ¡ay! pocos días después, se presenta en palacio un tiznado y feo carbonero, diciendo que él mató á la serpiente y que

viene á reclamar el premio ofrecido. Al verle la doncella, niega resueltamente que sea él el que consumó la hazaña; afirma que el héroe fué un hermoso y bizarro caballero, y no aquel sucio y despreciable villano. Pero el carbonero saca las cabezas de la serpiente, y el rey declara que en honor á la verdad aquel hombre ha sido sin duda el matador del monstruo fiero. Era el rey hombre de palabra, y como el premio reservado al matador de la serpiente era la mano de su hija, anuncia á ésta que va á ser esposa del carbonero. Ella protesta y se desespera: el padre insiste, y dice que no la dará á ningún otro hombre. Por fin, vista la resistencia invencible de la princesa, el rey, para dar largas al asunto, manda pregonar en todos sus dominios que el que triunfó de la serpiente de seguro ha de ser capaz de correr cualquier otra suerte menos dificultosa, y que, por lo tanto, todos los jóvenes que aspiren á casarse con su hija menor, se presenten á caballo en determinado día y lugar, donde él hará suspender del badajo de una campana una sortija de diamantes, para que el que pasando á galope por debajo la enfile con su espada, sea el esposo de la doncella.

Llegan de todas partes apuestos galanes: Peti Yorg va á verse con el Tártaro, le cuenta lo que pasa, y le dice que necesita de nuevo de su auxilio. Su protector le da un hermoso caballo, un traje magnífico y una soberbia espada, y con tal equipo se presenta entre los otros jóvenes. La princesa reconoce al punto en él al que mató la serpiente, y lo muestra á su padre. Comienza la carrera de sortija, tiene la buena suerte de enfilear con su espada el anillo, y en vez de pararse á recibir los vítores, sigue galopando, desdeñoso del aplauso de los espectadores, hasta que se le pierde de vista. El rey y su hija lo observaban todo desde su balcón, y ven que de allí á poco vuelve el vencedor al circo. Dice entonces la princesa á su padre:

—Padre, llámale.

Y el rey, con acento colérico, le responde:

—No haré tal: se aleja el mal caballero porque rehusa reci-

bir tu mano.—Y esto diciendo, le lanza un dardo que se le clava en una pierna. Pero Peti Yorg sigue cabalgando sin darse por sentido. La princesa sin embargo tenía gran pesar.

Al día siguiente, va como de costumbre á llevar su comida al jardinero. Repara que tiene vendada una pierna, y le pregunta qué le ha pasado. Empieza á maliciar, comunica á su padre sus recelos, hace que éste vaya en persona á hablar con el jardinero y le obligue á descubrir su herida, y entonces ven con asombro que tiene aún clavado en la pierna el dardo que le arrojó el rey.—Oféndese éste de que Peti Yorg le haya engañado tomando apariencias de caballero andante, y deplora tener que entregar su hija á un hombre de tan humilde condición; mas él descubre su pecho y deja ver la flor de lís con que le marcó su madre: el rey queda suspenso sin saber qué decir; la hija clama que aquel joven es su libertador y que solo á él quiere por marido; y entonces dice Peti Yorg al rey:

—Manda que vengan al punto los cinco mejores sastres de la ciudad, y cinco carniceros.

El rey envía por ellos y todos acuden. Pregunta Peti Yorg á los sastres si han hecho alguna vez vestidos con agujeros, y al responder los sastres que no, saca él los girones que había arrancado de los vestidos de la princesa; y les vuelve á preguntar si al entregar ellos dichos vestidos los enviaron con aquellos bocados: á lo que contestan todos unánimes:—¡En manera alguna!

Dirígese luego á los carniceros, y les pregunta si han matado alguna vez animales que no tuviesen lengua.—No, responden ellos.—Y entonces les pide que reconozcan las cabezas de la serpiente. Hácenlo los carniceros, ven que dentro de sus bocas no hay lenguas, y al declararlo así, presenta él triunfante las siete lenguas que guardaba en su poder.

Ante todas estas pruebas, el rey se convence, ve quién es Peti Yorg, y le entrega su hija. El joven héroe le pide que convide á la boda á su padre, pero que lo haga en nombre del padre de la novia, y que en la mesa le sirvan un corazón de cor-

dero, crudo y sin sal.—Celébrase el banquete, sirven al padre del novio aquel extraño plato, hacen que él mismo lo trinche, y al ver la indignación que experimenta por aquella especie de burla, le dice su hijo:

—Esto mismo estaba yo esperando. ¡Ah! padre mío, ¿no recordáis haber dicho que deseábais comer el corazón crudo y sin sal del que hubiese puesto en libertad al Tártaro? No es mi corazón ese, que es el corazón de un cordero. Esto he hecho para traer á vuestra memoria la amenaza que proferisteis, y para que me reconozcáis.

Abrázanse ambos y se cuentan sus aventuras, y Peti Yorg refiere á su padre todo lo que el agradecido Tártaro había hecho por él. El rey convidado regresó á su reino, y el novio se quedó á vivir con su esposa en el palacio del padre de ésta, donde fueron muy felices y nada les faltó nunca porque el Tártaro fué su mayordomo.

Los navarros y los suletinos llaman al pico de Anhie *Ahunamendi* ó sea *montaña del cabrito*, denominación que por otra parte aplican á toda la cordillera de los Pirineos (1). Ahunamendi mide unas 1400 toesas de elevación sobre el nivel del mar y conserva todo el año su manto de nieve. Rocas erizadas del modo más extraño forman su diadema y protegen la entrada de sus neveras eternas. La imaginación de los bardos ha convertido aquellos ventisqueros en mansión encantada de seres sobrenaturales, y entre estos figura la peri éuskara, la hermosa hada que denominan la *Maitagarri* (2). Suponen que en aquella inmensa altura hay un cielo siempre sereno, una atmósfera paradisíaca que vivifica con su rocío el verdor de las plantas y mantiene bajo risueñas florestas una eterna primavera; que allí hay conciertos aéreos, cánticos alegres y ligeras danzas, mientras los vientos silban en lo profundo de los valles y los espíritus

(1) CHARPENTIER, *Ensayo sobre la constitución geognóstica de los Pirineos*.

(2) Este nombre significa en éuskaro *lo amable, lo adorable*. ЧАХО.—*Los Pirineos*: Rev. éusk. t. II, p. 99 y 100.

maléficos llevados sobre las alas de las grullas vagan lanzando aullidos á lo largo de las colinas y por entre la espesa niebla de donde la nieve se desprende en copos. Cuando relumbra la cima de Ahunamendi y sus plateados bosques beben los dorados reflejos del sol, no es una nevera la que con su brillo atrae nuestras miradas, sino el palacio encantado de la Maitagarri, la más joven y seductora de todas las hadas éuskaras.—Un cinturón mágico oprime el talle esbelto de la divina hechicera y sujeta los pliegues de su manto azul sembrado de estrellas; un aro diamantino aprisiona su rubia cabellera y centellea sobre su frente con menos brillo que el fuego divino de sus azules ojos; su delicado brazo está armado con una lanza de plata y un hermoso ciervo es su corcel. Un día de verano, la Maitagarri se arriesgó á penetrar en un bosque sombrío y espeso para dar de beber á su ciervo en el cristal de un murmurador y límpido arroyuelo, á cuya orilla dormía profundamente el hermoso *Luzaire*. La ninfa, tan sorprendida como turbada, fijó en él sus bellos ojos, y al influjo del encanto que rápido cautivaba sus sentidos, rindió su alma al ciego delirio del amor. Trémula, fuera de sí, corrió en busca de plantas trepadoras para encadenar al afortunado pastor, y despertó éste en una gruta de la cúspide de Ahunamendi entre los brazos de su arrobada amante que le estrechaban contra su seno.

Si se supiera el origen de esta erótica leyenda, acaso podría conjeturarse, según lo ha hecho con la ciclopea del Tártaro el Rvdo. Webster, que no es de mera y casual coincidencia la gran semejanza que se advierte entre su contexto y el de la fábula helénica de Diana enamorada de Endimión.—Hoy sin embargo, no es la Maitagarri la Lucina éuskara, aunque nos la figuremos con la ágil cierva al lado y el argentino venablo en la diestra, sino una hada ó ninfa protectora de los amantes desdeñados, al tenor de la sentida querrela del moderno vate (1):

(1) D. VICENTE ARANA, en su bella oda á la *Maitagarri*. «Rev. éusk.» t. I, página 293-95.